

**CUENTO N° 238**

**TÍTULO: EL TERRÍCOLA LUNÁTICO**

**SEUDÓNIMO: SACACORCHO**

**AUTOR: JORGE ALEJANDRO ALFARO ARCE**

## EL TERRÍCOLA LUNÁTICO

El clan de los emprendedores lanzó una genial oferta. Una rifa global y único premio para que el ganador sea lanzado al espacio en un viaje soñado. Una tómbola elegirá el continente, otra el país, una tercera la ciudad y a la vez un número que identifique al ganador.

Entre tantos millones de terrícolas ganó un chileno. Fue la noticia del año. El interés por conocer al ganador escaló de modo inusitado.

Al día siguiente los medios periodísticos informaban que un adulto de más de setenta años era el ganador. Su nombre, Miguel Kantotodo.

Los memes y comentarios afloraron por doquier, lo mostraban cansino, usando un bastón, pelo largo y frondosa barba, grandes lentes que le cubrían toda la cara y encorvado, en un meme estaba en silla de rueda sobrevolando una nave espacial. Pusieron en duda su fortaleza y su salud.

La casa de Miguel se ubicaba en una de las calles principales al poniente de la ciudad. No puedo dormir, le dijo Miguel a su señora. Cuando el sol entró por su ventana un barullo venido de la calle lo levantó de golpe para ver a mucha gente conversando.

En el frontis pudo apreciar móviles, cámaras, reporteros y muchos curiosos.

De un momento a otro la calle se volvió bulliciosa y los vecinos perdieron su habitual tranquilidad. De pronto todos los vecinos conocían a don Miguel Kantotodo. Describían su día a día y hábitos cotidianos.

Don Miguel Kantotodo y su familia no lograban asumir la tamaña realidad.

Los viajes espaciales se tomaron los horarios de farándula aprovechando que todo Chile estaba atento a singular acontecimiento.

Recibió a personas de la defensa nacional, aeronáutica y gente estudiosa de los OVNIS

Se informó que una delegación de la más alta esfera de la agencia espacial, arribaría a Chile en las próximas horas.

Un canal de televisión mostró las portadas de los principales diarios de todo el mundo haciendo mención a este curioso hecho, incluso con fotos.

La idea de cambiar al ganador por uno más joven cobraba fuerza.

Una panelista alegaba que al ganador lo estaban privando de un derecho irrenunciable que tienen todas las personas. Lo están transformando en un simple número, mirado desde ese punto de vista es un sistema de vida residual.

Si, puede ser, manifestó otro invitado y agregó, creo que por su edad no será capaz de resistir un esfuerzo tan demandante por la falta de entrenamiento.

Un joven político aseveró: No debe hacerse distinciones entre personas por su edad, y ¿qué pasa con los derechos humanos? ¿Por qué enfatizar que tienen una menor esperanza de vida?, lo cual no es cierto, éticamente es una barbaridad, concluyó.

Un señalado profesor hacia un correlato de la preparación de los astronautas. Durante años trabajan todos los días, señaló. Caminan en cámaras especiales para habituarlos al habitat espacial, los sumergen en piscinas por seis horas caminando bajo el agua. El traje pesa unos ochenta kilos, hasta los guantes son rígidos.

La comisión integrada por cinco personas fue recibida por don Miguel, dos de ellos hablaban perfectamente el español, Mr. John Willians y don James Vargas, ambos acompañarían a don Miguel en su aventura espacial.

Afuera el vocerío era insoportable.

Mr. John Willians fue categórico en sus dichos. Usted don Miguel Kantotodo es la persona elegida. El proyecto no se puede cambiar. Estábamos preparados para

cualquier circunstancia, sea sexo o edad. Don Miguel Kantotodo fue informado someramente del viaje que le esperaba.

Don Miguel, prepárese mentalmente como si fuera a viajar unos cuatrocientos ochenta y cuatro mil cuatrocientos kilómetros, calculaba Mr. James Vargas.

Su familia puede estar tranquila, nos preocuparemos de que vuelva sano y salvo.

Me voy, dijo Miguel. Lágrimas, abrazos, besos, endulzaron la despedida.

En el avión, el chileno se enteró de una información que lo dejó sin habla, sin poder enhebrar una respuesta. No era cualquier viaje, sería un viaje a la luna.

La noticia fue conocida en todo el mundo. En Chile se recibió con asombro. La incertidumbre se apoderó de su esposa, hijos y nietos.

A la hora señalada comenzó el conteo. Reporteros, periodistas de todos los medios, fueron testigos del esperado lanzamiento.

El sudor del chileno impregnó sus sienes, sus párpados, y una corriente fría se anidó en su espalda.

El viaje era monitoreado segundo a segundo. Los sistemas de comunicaciones perfectos.

Le informaron que el viaje duraría unas 130 horas, unos cinco días aproximadamente.

La vista desde la nave era impresionante. ¿Qué piensas Miguel? murmuró Mr. James.

Esto es increíble, comentó. Nunca imaginé que pisaría suelo lunar. Estoy extasiado con solo ver la tierra desde aquí. Luego gritó -SERÉ UN LUNÁTICO- y prosiguió: pisaré la luna que se baña en el río, la luz que inspira a los poetas, la que encanta a los enamorados, la que ha sido cómplice de encuentros furtivos.

Los días pasaron volando hasta anunciar el final de la travesía.

El alunizaje fue perfecto. Lo anunciaron los gritos de los controladores.

Miguel fue atado a una cuerda de unos 80 metros. Dieron los primeros pasos. Los astronautas estaban pendientes de sus movimientos.

Pero, en unos segundos se les perdió de vista y comenzaron a inquietarse ya que eran los responsables de su seguridad.

De pronto don Miguel Kantotodo se vio rodeado por un grupo de hombres extraños.

Le hablaron en español, lo que llamó su atención. Deben ser rusos o norteamericanos, elucubró al observar sus rasgos y vestimentas.

Mientras era conducido sus ojos capturaban una hermosa y silente ciudad.

Se enteró que los lunáticos hablaban todos los idiomas imaginables, más de siete mil idiomas distintos.

¿Cómo es posible? preguntó Miguel, ¿De dónde son ustedes?

Somos lunáticos don Miguel. Mi nombre es Grunk, sabemos de usted y su proyecto.

Fue conducido a una gran sala donde era esperado por dos lunáticos Grank y Grenk y dos lunáticas: Grinka y Gronka.

Grunk prosiguió relatando que todos los lunáticos al nacer, traen incorporado en su ADN toda la información necesaria para vivir en plenitud. Ese conocimiento se traspasa de una generación a otra. Es un laberinto de tecnología concluyó.

Miguel le comentó, esto más parece una fantasía, luego preguntó ¿Cuántos años viven?

Grinka le respondió. Nuestro promedio de vida es de doscientos cincuenta años.

Gronka lo miró a los ojos, lo tomó de la mano y lo condujo hacia un gran monitor, le voy a mostrar la ciudad lunar le dijo acercando su cuerpo al de Miguel.

Miguel observó las calles, amplias, sin autos, unos parques increíbles, niños jugando.

Llamó la atención de Miguel la absoluta claridad de toda la ciudad.

Gronka dijo que la cultura lunar incluía cuidar todo lo que los rodea.

¿Por qué nuestros científicos no los han descubierto? Acaso son ustedes los extraterrestres y sus platillos voladores inquirió Miguel.

No está en nuestro ADN interferir con la vida terrestre expresó Grunk. Ocupamos nuestro tiempo observando las constelaciones, los planetas, esa fantasía de colores únicos, que ustedes están estudiando desde sus observatorios.

Caminaron unos pasos hacia el balcón y ante los ojos de Miguel Kantotodo, se presentó el universo con toda su infinita grandeza. Su visión fue incapaz de absorber el increíble y gigantesco panorama estelar.

La luna estaba en medio de millones de estrellas. Absorto Miguel miraba la abismante luminosidad de las constelaciones, miles de luceros de la noche, estrellas fugaces, los impactos destellantes que se repetían una y otra vez desprendiendo su luminiscencia de miles de burbujas doradas, choques siderales, todo esplendente.

Grunk le dijo a Miguel, no tome a mal mi comentario. Ustedes son depredadores, compulsivos, se matan entre ustedes, extinguen todo tipo de animales, botan el agua, provocan grandes incendios, emiten sonidos estruendosos con sus bombas y misiles, viven amenazándose, todo lo contaminan.

Acá, expresó Grunk tenemos de todo. Cada vivienda posee un vergel y cada habitante tiene su propio quehacer, no tenemos escuelas, el conocimiento viene adquirido y los padres son los formadores de sus hijos, son los maestros. El sol nos entrega la energía y la noche el rocío, y tenemos luz y agua todos los días. Los lunáticos más antiguos son los líderes.

Don Miguel lanzó una pregunta. ¿Sabe usted, le dijo, que los terrícolas quieren colonizar la luna?

Lo sabemos, respondió Grunk. En todo caso es imposible llegar a la sub luna, es impenetrable.

Manejamos una malla digital que devuelve todo al lugar de origen. A la tierra les es fundamental cuidarnos y nunca hemos tenido aretes.

Bueno, manifestó Grunk, lo dejaremos en el mismo lugar que lo tomamos. Voy a estrecharle la mano y desearle suerte, costumbres terrícolas, acotó.

Miguel sintió que era levantado en vilo, eran sus compañeros. Se restregó los ojos, les había entrado luna, las manos enlunadas las sacudió con firmeza.

¿Qué pasó? preguntó don Miguel.

Se desmayó, respondió Mr. James. Habíamos buscado en este sitio y no lo vimos.

Con voz entrecortada relató la experiencia vivida a la vez que respondía las preguntas.

La vuelta al terruño fue apoteósica. Señalado héroe, la fama y la gloria reclamaban su presencia en los medios escritos y visuales. Don Miguel Kantotodo fue invitado a muchos eventos, y en todos ellos relataba su reunión con los lunáticos. El asedio constante buscaba obtener detalles de ese misterioso encuentro. Contestaba todas las preguntas sonriendo porque se acordaba de los ojos de luna de Gronka, de sus manos manguantes y de su cabellera de novilunio.

Tal postura comenzó a molestar a los entrevistadores que exigían seriedad por la importancia del tema, cosa que lo hizo perder confianza. Con el tiempo ya nadie le creía, incluso se mofaban de él. En la calle le gritaban viejo lunático.

Miguel se cambió de casa. No comparte amistad con nadie, todos piensan que es lunático.

En la Agencia Espacial, todavía buscan el modo de contactar a esos seres, y se preguntan por qué lo eligieron, a don Miguel Kantotodo.

La última entrevista que se conoce la realizó un periodista cuando don Miguel Kantotodo cumplió ciento setenta años de edad.